

El combate de la fidelidad monástica¹

CuadMon 142 / 143
(2002) 283 - 289

A veces, después de haber vivido largos años en su comunidad, un monje puede sentirse llamado a partir al desierto y a vivir en una soledad más radical y más marcada. Durante sus años de vida comunitaria, a menudo ha tenido que sostener un combate casi permanente contra las fuerzas del mal que lo asaltaban, contra lo que los Ancianos llamaban las “enfermedades del corazón” y que se parecían extrañamente a lo que los monjes modernos se descubren capaces de sufrir, a esas malas tendencias contra las que todo monje debe luchar.

Al internarse en la soledad, ¿Va a ser liberado de este combate? En adelante solo con el Solo, ¿va a gustar de esa paz del corazón que sigue, en general, a los duros combates?. De hecho, san Benito, con su realismo habitual y su experiencia personal, no va a dejar que el que parte al desierto se ilusione y no vacila en prevenirle:

“El segundo género de monjes es el de los anacoretas o ermitaños, quienes, no en el fervor novicio de la vida religiosa, sino después de una larga probación en el monasterio, aprendieron a pelear contra el diablo, enseñados por la ayuda de muchos. Bien adiestrados en las filas de sus hermanos para la lucha solitaria del desierto, se sienten ya seguros sin el consuelo de otros y son capaces de luchar con sólo su mano y su brazo, y con el auxilio de Dios, contra los vicios de la carne y de los pensamientos” (RB 1,3-5).

¹ Artículo publicado en *Collectanea Cisterciensia* 63 (2001), pp. 138-144 y traducido por la Hna M. E. Suárez, osb, Abadía Ntra. Sra. de la Esperanza (Rafaela, Santa Fe. Argentina). El Autor de la presente contribución es monje de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, de la Abadía Nuestra Señora de Timadeuc (Bréhan, Francia). Actualmente es el abad de ese Monasterio.

En la vida común, en la «armada fraterna», el monje tiene que sostener un duro combate; es verdad que si *es bueno y es dulce vivir juntos y estar unidos* (Sal 132), la experiencia muestra que vivir con los hermanos, en el mismo marco, en un espacio reducido, provoca a la vez alegrías y sufrimientos, paz y desgarramientos. Entonces la realidad se impone: solo o con otros, el monje es siempre un combatiente. Sostiene un combate que puede definirlo: convertirse en monje es entrar en una forma de vida que es la de un combate del que jamás será posible salir sino por la muerte. Ahora bien, la misma muerte tiene a veces el rostro de un último combate.

Combatir, es preferir

¿Cuál es entonces el combate que todo monje debe sostener, ya esté solo o en comunidad? Cuando, obedeciendo a un llamado interior irresistible, entró en la vida monástica, encontró esta fórmula de san Benito: “No preferir absolutamente nada al amor de Cristo” (RB 4,21) y comprendió inmediatamente que con ella se le proporcionaba el programa de toda su vida.

Ser monje es decidir tener una preferencia: Cristo y su amor. Se trata verdaderamente de una decisión que toma la forma, al cabo de algunos años, de una profesión: ante la asamblea litúrgica, el monje profesa solemnemente que en adelante, para él “vivir es Cristo” (cf. *Flp* 1,21). Él ha tenido tiempo de verificar sus capacidades para vivir semejante preferencia. Ciertamente ha descubierto su fragilidad, su debilidad; incluso se ha descubierto radicalmente pecador, pero no puede vacilar en su elección libre y consciente, en su decisión firme y meditada: en adelante él podrá definirse y presentarse como aquel que ha decidido no preferir absolutamente nada a Cristo.

El conjunto de las observancias tradicionales que estructuran su vida, las diferentes obediencias o cargos que va a asumir como signos liberadores de su obediencia, todo esto va a formar el marco de su compromiso: liturgia de las Horas, *lectio divina*, trabajo manual, servicios comunitarios, acogida de los huéspedes, todo esto vivido en un cierto alejamiento del mundo, alejamiento que incluso podrá conducirlo más adelante a llevar una vida eremítica.

El combate del peregrino

Ahora bien, este monje puede verse enfrentado, en circunstancias

que no podía prever, a la más terrible de las tentaciones: la de descubrir que quizás va a dejar de no preferir absolutamente nada a Cristo. Lo que le parecía verdaderamente imposible en el momento de esa profesión gozosamente proclamada ante la asamblea porque estaba sinceramente enraizada en lo más profundo de su corazón, ha dado lugar en él a una pequeña música interior que invita solapadamente a la infidelidad.

Las formas de esta tentación son múltiples: Para uno será la obediencia que se ha hecho no solamente difícil, sino simplemente imposible, lo que por otra parte ya san Benito había previsto (RB 68); para otro será la castidad en el celibato que se convierte en una carga tan pesada de llevar que se siente tentado de bajar los brazos sobre todo cuando la misma oración se ha vuelto una prueba casi insoportable; para otro aún será el cansancio en la búsqueda de Dios y ese disgusto de la *lectio divina* o de la oración que los Padres llamaban *acedia*. Las personas que participan en un Oficio litúrgico en un monasterio no se imaginan probablemente la fuerza moral que necesita a veces un monje para permanecer en su lugar en el coro. En efecto, llegan momentos en los que los salmos, por ejemplo, parecen completamente extraños a la experiencia espiritual que se está viviendo y entonces es necesario permanecer.

Estos momentos de tentación, a menudo desconcertantes, son de hecho para el monje la ocasión de dejarse conducir hacia el lugar donde lo espera el Espíritu Santo: el lugar del corazón. Hay que hacerse el peregrino de su propio corazón y muy a menudo la tentación es un medio privilegiado del que el mismo Señor parece servirse para conducir a aquel que le sigue a descender en sí mismo, como se dice del hijo pródigo que, en su miseria, *entró en sí mismo* (Lc 15,17). Las distintas clases de sed que revela la tentación -sed de poder, de autonomía, de ternura y de libertad- lo atraen poco a poco hacia la raíz de su ser, hacia un deseo de amor que surge de profundidades que antes no conocía. Hasta entonces, vivía en la periferia de sí mismo, pero la prueba lo obliga a interiorizarse y a descubrirse habitado y esperado por una presencia que es nada menos que el Amor. Descubre así que Otro cava en él un espacio para derramar allí, sin fin, su amor y su alegría.

Ahora bien, el amor es luz y el monje es conducido a comprender que no posee todavía -o mejor, que todavía no ha recibido- lo que toda la tradición ha considerado como el fin último de la vida monástica: la pureza de corazón. Toma conciencia de que ese corazón finalmente descubierto no es todavía puro, no tanto con una pureza moral como con una pureza que consiste en *amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas* (cf. Lc 10,26). Dios debe no solamente tener el primer lugar en el corazón del monje como, por otra parte, en el corazón de todo bautizado,

sino que es necesario que Dios tenga todo el lugar, que su corazón pertenezca totalmente a Dios y, en consecuencia, que no haya el menor ídolo en él ni la menor división. A los primeros Cistercienses les gustaba decir que la caridad tiene que estar ordenada en nosotros, es decir que haya orden en nuestra manera de amar, que todo esté en orden. Ahora bien, justamente un corazón donde el amor está ordenado, porque ha dado a Dios todo el lugar, puede amar en verdad a sus hermanos y hermanas sin contradicción con su amor absoluto por Dios. Incluso debemos atrevernos a decir que, para amar en verdad a una persona, es necesario que el amor por Dios haya invadido nuestro corazón, es necesario que el Espíritu Santo se haya convertido en el único Maestro interior, que haya simplificado nuestra mirada, unificado todas nuestras capacidades de amar en el impulso de su mismo Amor. El combate de todo bautizado se sitúa precisamente a este nivel porque hay que llegar, y esto puede tomar mucho tiempo, a una total sumisión al Espíritu, a una radical desposesión de sí cuyo fruto no es otro que la libertad en una alegría muy pura.

La noche de la fe

Esto no significa, sin embargo que el combate haya terminado y que en adelante todo será fácil porque el amor habrá finalmente ocupado todo el lugar. Hay una prueba más terrible todavía. En efecto, después de una experiencia de profunda libertad interior, ¿acaso no sería la prueba suprema la que sumerge al monje para quien Dios parece no solamente lejano o ausente, sino incluso inexistente? Graves interrogantes suben al corazón de este monje: el Padre que lo ha creado y llamado ¿se volverá indiferente al inmenso sufrimiento del mundo? ¿Cómo es posible que unos hombres, hijos todos de ese Padre y en consecuencia, verdaderamente hermanos, continúen desgarrándose, matándose, haciendo a veces este mundo tan inhumano? ¿Cuánto tiempo todavía durarán esas guerras atroces y que causan tantas víctimas? ¿Qué monje no ha escuchado en su oración esos gritos que brotan de los salmos y que él comienza a veces a hacer suyos mientras que antes le parecían casi blasfemos: *Y tú, Señor ¿hasta cuándo? (Sal 6,4); ¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? (Sal 12,2); Despierta, Señor, ¿por qué duermes? (Sal 43,24)*. También los Padres del desierto eran atacados a veces por ese demonio de la blasfemia. Por lo demás, ese Cristo al que no quería preferir absolutamente nada, parece desaparecer poco a poco y volverse sin rostro, sin forma. El Espíritu Santo mismo, cuya presencia luminosa había descubierto en lo más profundo de sí mismo, ese Espíritu que había encontrado, como san Agustín, “más íntimo a sí mismo

que él mismo” y que le había inspirado las decisiones más audaces parece ahora impotente para sostenerlo, dejándolo abandonado y perdido en la noche de su prueba. ¡Dios se calla!

El monje que afronta ese silencio de Dios ya no sabe si esa prueba es pasajera o si tendrá que sufrirla largo tiempo. Este silencio es tanto más pesado e insoportable porque este monje no sabe ni siquiera si semejante prueba tiene un sentido. Él que quería ser y se afirmaba profeta del sentido, se ve ahora enfrentado a la ausencia de Dios, ausencia que quita todo sentido a su existencia. Terrible silencio de un Dios que se imponía hasta entonces como lo más real de lo real.

Estamos aquí en el corazón del combate de la fidelidad monástica. Pues este monje, ya esté solo o en comunidad, no tiene otra vocación que la de avanzar en la noche de la fe con la firme seguridad de que en adelante no prefiere absolutamente nada a Cristo, ya que ahora está asimilado a Jesús, el Verbo encarnado que permaneció fiel al Padre y a los hombres hasta el drama del calvario.

En su encíclica *Fides et Ratio*, el Papa Juan Pablo II ha escrito con audacia:

“Un objetivo primario de la teología es la comprensión de la *kenosis* de Dios, verdadero gran misterio para la mente humana, a la cual le resulta inaceptable que el sufrimiento y la muerte puedan expresar el amor que se da sin pedir nada a cambio” (nº 93).

La última vocación del monje ¿no sería dejarse conducir en la *kenosis* de Dios con el deseo ardiente de amar con ese mismo amor que no pide nada a cambio aunque se entregue? El camino que conduce al monje a aceptar este lugar “en el corazón de la Iglesia”, como decía Teresa de Lisieux, es largo, a veces muy largo y difícil. Desde sus primeros pasos en la vida monástica él se interrogaba: “¿Qué es el amor?”, como san Bernardo quien, al final de su vida, en su tratado *Sobre la Consideración*, se planteaba la pregunta esencial: “¿Qué es Dios?”. En adelante el monje sabe, o por lo menos comienza a saber, que amar es darse sin pedir nada a cambio, darse a ese Dios que parece a veces tan lejos, darse también a su comunidad, darse a sí mismo en cada acto por más humilde que sea. Su fidelidad reside en esta voluntad de darse «hasta la muerte» como precisa san Benito (*RB*, Pról. 50). Su fidelidad no será una experiencia temporaria, pues uno no es fiel a un ensayo. El corazón de la experiencia de la fidelidad está precisamente en esta duración, en esta profundización constante de una respuesta a un amor, el amor del Crucificado que *me amó y se entregó por mí* (*Ga* 2,20). El encuentro con Jesús, el Hombre-Dios, fiel al Padre hasta en el sentimiento doloroso

de estar abandonado por él -mientras que el Padre jamás ha estado tan próximo a su Hijo, su Bienamado, como en la cruz- le enseña al monje la gratuidad del amor. En la contemplación del Crucificado, en efecto, él comprende que amar es verdaderamente darse sin pedir nada a cambio. Jesús se entregó así gratuitamente, abandonándose con confianza a la voluntad del Padre y el monje se sabe él mismo conducido al mismo amor, ese amor cuya fecundidad inesperada sobrepasa todo lo que puede imaginar, ese amor que lleva en sí los frutos mismos de la Resurrección.

El combate en la comunidad fraterna

El que ha aprendido, con Teresa de Lisieux, que “amar es darlo todo y darse a sí mismo”, es llamado a menudo a sostener otro combate que no esperaba sin duda al entrar a una comunidad monástica: el combate del amor fraterno. Es siempre el mismo combate, el del amor vivido en el corazón de una comunidad.

La contemplación asidua del Crucificado a la luz de la Resurrección le hace descubrir la belleza, la grandeza, la nobleza de cada uno de sus hermanos en quienes descubre y ve la imagen de Dios. Por eso amar a su hermano puede ser, durante un largo período de la vida monástica, una actitud fácil que es fuente de alegrías muy puras y duraderas. En estos tiempos de luz y de paz, la vida monástica aparece como una feliz anticipación de la dicha celestial, porque el cielo es el otro! ¿No hay acaso encuentros fraternos, instantes de comunión que dan un sabor anticipado de la alegría trinitaria?

Pero llega el tiempo de la prueba y del combate cuando, sin que nadie pueda dar las razones, dos hermanos o dos hermanas ya no llegan a entenderse, ni siquiera a encontrarse. ¿Quién puede decir por qué se hace no solamente difícil sino incluso imposible entrar en relación con tal hermano o tal hermana con quien, hasta entonces, las relaciones eran fáciles? Poco a poco se ha creado una distancia entre las dos personas y los esfuerzos para restablecer las relaciones normales parecen destinados todos al fracaso. Aún cuando una iluminación psicológica permita dar elementos que expliquen estas dificultades tan desconcertantes, el combate permanece, tomando a veces dimensiones casi trágicas. Nos vemos aquí enfrentados realmente a una verdadera tentación ¿Hay que desesperar? ¿O hay soluciones para salir de tal impasse?

Sin descuidar las dimensiones humanas de este combate, ni el esfuerzo necesario para darle soluciones justas y eficaces, ha llegado el momento de dar un paso profundamente espiritual, un paso que no es posible

sino por y en el Espíritu Santo. En efecto, es él, el Espíritu de verdad que nos enseña a poner una mirada de amor sobre la persona que estamos tentados de rechazar, de huir o de ignorar, que nos permite acoger en nosotros y para ella el perdón mismo de Dios. Lo sabía muy bien esa monja que, rechazada misteriosamente por una de sus hermanas, se había sentido impulsada a contemplar a Jesús presente en aquella que la rechazaba. Estamos ahora en el corazón del combate de la fidelidad monástica que puede conducir a una verdadera experiencia mística pues, más allá de todo sentimiento de alegría, está el encuentro de Aquel que nos dirá un día: *Lo que hicieron a uno de estos pequeños que son míos, a mí me lo hicieron* (Mt 25,40).

Llegar a ser Cristo

Tenemos que llegar a ser cristianos. ¿No será éste el fin del combate del monje, de la monja? Entrar en la vida monástica es, simplemente, querer entrar en la lógica del bautismo, por el cual todo cristiano es asimilado, identificado con Cristo Jesús. Juan Pablo II, al final de su exhortación sobre la vida consagrada, lanzó este mensaje: «No olviden jamás que ustedes, muy particularmente, pueden y deben decir no sólo que son de Cristo, sino que “se han convertido en Cristo”»(nº 109). Se trata pues no solamente de llegar a ser cristiano, sino de *llegar a ser Cristo*².

Ahora bien, toda la vida de Cristo ¿no ha sido un largo combate que comenzó por el famoso relato de la tentación y acabó en el jardín de Getsemaní, preludio de la cruz? Pero ese combate era precisamente el de la fidelidad al amor: el demonio quería hacer vacilar a Cristo en su fidelidad al Padre y, de este modo, en la fidelidad a la misión que había recibido justamente del Padre. Jamás el Hijo amado se desvió del camino que había elegido y nuestra verdadera alegría es poder recibir de él una misma fidelidad. Pues el secreto de la fidelidad está allí: ella es un don y por eso no puede florecer más que en un «corazón quebrantado» y desbordante de humildad. Después de Jesús ¿No será la Virgen María el modelo de esta alianza de la fidelidad y de la humildad?

*Abadía de Timadeuc
F – 56580 Bréhan
Francia*

² Cf. san AGUSTÍN en su *Tratado sobre el Evangelio de san Juan*, 21,8. Juan Pablo II se ha inspirado en estas palabras en su encíclica *Veritatis Splendor*, en 1993: «Regocijémonos y demos gracias, exclama san Agustín dirigiéndose a los bautizados, no sólo nos hemos convertido en cristianos sino en Cristo (...). Sorpréndanse y alégrense. Nos hemos convertido en Cristo» (nº 21).